

Andria Zafirakou

Lecciones de vida



Lo que nos enseñan los mejores profesores
del mundo

PAIDÓS Educación

ANDRIA ZAFIRAKOU

LECCIONES DE VIDA

Lo que todos podemos aprender de
los mejores profesores del mundo

Traducción de Antonio Francisco
Rodríguez Esteban

PAIDÓS Educación

Título original: *Lessons in Life. What We Can All Learn from the World's Best Teachers*,
de Andria Zafirakou

1.^a edición, mayo de 2024

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Andria Zafirakou, 2023

© de la traducción, Antonio Francisco Rodríguez Esteban, 2024

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S. A., 2024

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-4243-1

Fotocomposición: Realización Planeta

Depósito legal: B. 5.015-2024

Impresión y encuadernación en Huertas Industrias Gráficas

Impreso en España – *Printed in Spain*



SUMARIO

Introducción	9
Nadia Lopez	15
Francis Jim Tuscano	25
Marjorie Brown	35
Mark Reid	45
Maarit Rossi	53
Ranjitsinh Disale	61
Andrew Moffat	71
Maggie MacDonnell	81
Peter Tabichi	91
Esther Wojcicki	101
Shi Wang	113
Miriam Manderson	121
Armand Doucet	131
Hiba Ballout	139
Mariela Guadagnoli	149
Howard Freed	155
Barbara Zielonka	165
Swaroop Rawal	173
Leticia Lyle	183

Armando Persico	193
Mio Horio	201
Akash Patel	209
Daisy Mertens	219
Manuel Calcagni	227
Yasodai Selvakumaran	235
Jiang Xueqin	245
Candida Couto	255
Martín Salvetti	265
Marie Ghanbari	273
David Mitchell	281
Conclusión	289
Agradecimientos	291

Nadia Lopez

45 años, Nueva York, Estados Unidos

«Creo firmemente en ofrecer a los niños experiencias que los preparen para el mundo. Sin los límites que les impidan explorar lo que significa ser autónomos.»

En su época de estudiante, Nadia tenía fobia a las matemáticas. La asignatura le provocaba ansiedad y era incapaz de concentrarse en las clases, pero su profesora no atendía a sus dificultades. Sin embargo, cuando Nadia se licenció como profesora de educación especial, cualificada para enseñar todas las materias, las matemáticas le fascinaban. Sabía lo que se sentía al tener dificultades en clase y quería ayudar, no solo a los estudiantes, sino también a los profesores que necesitaban saber cómo abordar la situación. Esto estableció las pautas de la posterior carrera de veinte años de Nadia como profesora, directora, coach y mentora en Brooklyn, Nueva York.

A menudo la educación especial arrastra asociaciones negativas, señalando a estudiantes que tienen problemas en diversas áreas del aprendizaje y colocándolos aparte de sus compañeros aparentemente más capaces. Nadia fue testigo de primera mano, tanto como profesora —en Estados Unidos la educación especial era considerada un establecimiento, no un servicio—, como con sus estudiantes, que se sentían marginados. Les habían dicho que eran incapaces de hacer nada. Nadia estaba decidida a demostrar que el sistema se equivocaba.

«Estos jóvenes reaccionaban y respondían a las etiquetas que otros les ponen. Se portaban mal porque nadie se había tomado el

tiempo de hablar con ellos y conocerlos. Nadie les había dicho que eran excepcionales, que podían aprender de otra manera y demostrar su tremendo talento. Debido a mi misión, a mí me consideraban una rebelde, empeñada en hacer cosas que los profesionales del ramo decían que no podía hacer, o que los niños eran incapaces de llevar a cabo.»

Conseguir que los estudiantes reconocieran su brillantez personal ha sido el mayor logro y objetivo de Nadia. Sabía que todo estaba contra los niños, muchos de los cuales provenían de comunidades negras, latinas y bangladesíes, con más del cuarenta por ciento de las familias viviendo por debajo del umbral de pobreza. Algunos de los niños a los que daba clases también tenían un historial de traumas y trastornos mentales derivados del maltrato, la vida en refugios o haber sido entregados a los servicios sociales a la fuerza. Nadia creó un servicio integral para apoyar a estos estudiantes, y les ofreció una jornada ampliada, en la que la escuela estaba abierta hasta las seis de la tarde, de lunes a sábado.

Nadia era consciente de los sentimientos contradictorios de los padres con relación a su trabajo y a la escuela. Aunque deseaban lo mejor para sus hijos, a veces la misión de Nadia podía sacar a la luz las propias deficiencias de los padres. También albergaban sospechas hacia un sistema que les había fallado como estudiantes. Su experiencia con la escuela les mostraba que esta era una institución que no se preocupaba por ellos. A Nadia le llevó tiempo conquistar su confianza; y reconfortaba y tranquilizaba a los padres de forma habitual.

«Les decía que no soy una amenaza y les daba las gracias por permitirme tener acceso a lo que, en mi opinión, eran los regalos más preciosos que podían hacerle al mundo. También era importante decirles que mis padres eran inmigrantes y que lo único valioso que podían darme fue la educación.»

Habló con ellos acerca de sus propios viajes educativos. Muchos de ellos habían abandonado los estudios en el momento en que lle-

garon al mismo curso en el que estaban sus hijos. Por lo tanto, que sus hijos estuvieran ahí y les fuera bien era un gran logro. Ella los implicaba en diversas actividades y los animaba a ir como voluntarios en viajes escolares. En algunos casos les enseñaba cosas que no habían aprendido en su infancia. Recuerda a una de sus estudiantes, Sasha, que acudió a ella después de graduarse y le pidió un favor a Nadia. Le dijo que su madre no sabía leer y que estaba preocupada porque, cuando ella se fuera a la universidad, no tendría quien le pudiera leer. Nadia habló con la profesora de séptimo curso de Sasha, que aseguró estar encantada de darle clases particulares.

«Llamamos a la madre de Sasha a la escuela y nos sentamos con ella y con su hija. Sasha nos habló, de forma conmovedora, del tiempo que su madre había empleado en priorizar la educación de su hija. Le dijo que ahora había llegado su turno y que quería que se beneficiara de la enseñanza. Era maravilloso contemplar a esta chica de dieciséis años valorando su educación y con el deseo de compartirla con su madre. Las clases fueron un éxito y esta aprendió a leer.»

Lo que Nadia creó, primero como profesora y luego como directora, fue una comunidad que definía qué era el éxito y lo celebraba. Animaba a los estudiantes a tomarse su aprendizaje en serio y asumir responsabilidades compartidas. Con el paso de los años, muchos alumnos se habían quedado en el corazón de Nadia, como la tímida Nica, a la que conoció en su tercer año dando clase. Nica había pasado de una clase de educación especial más restrictiva, con doce alumnos, un profesor y otro de apoyo, a la siguiente fase con el equipo colaborador de Nadia y otro profesor.

«Nica tenía estilo. Lo veías en su ropa y en sus zapatillas; vestía a la moda. Pero no hablaba nunca. Yo la observaba en clase y sabía que quería intervenir, pero acababa reprimiéndose. Un día hubo un pequeño incidente, tan insignificante que ni siquiera recuerdo la razón, y yo estaba intentando solucionarlo cuando descubrí que Nica se había echado a llorar. La saqué del aula y le pregunté qué ocurría. ¿Sabes lo que me dijo? Dijo: “Nunca había estado en un

lugar en el que la gente se preocupara”. Nunca había recibido clase de alguien que se preocupara por sus alumnos.»

En su clase anterior, Nica era la única chica, y al profesor le resultaba imposible controlar a los alumnos. En consecuencia, ella se pasaba la mayor parte del día enfrentándose a los chicos, que se le acercaban de forma inapropiada o la ridiculizaban. Pasaba la jornada escolar en una especie de zona de guerra en la que no había tiempo para aprender nada. En la clase de Nadia no se permitía que los estudiantes se rieran de sus compañeros o los tocaran. Y jugar a las peleas, que normalmente acababa en golpes de verdad, estaba prohibido. Había reglas específicas en el patio y Nadia las hacía cumplir.

«Nica aseguraba que era la primera vez que no le daba miedo estar en el aula. Su madre dijo que no sabía qué era lo que yo hacía en clase, pero que era la primera vez que no tenía que obligar a Nica a ir a la escuela. De hecho, cuando volvía a casa, hablaba del día que había tenido y decidía leer libros. Y, en la hora del almuerzo, Nica y su nueva amiga, Stephanie, impartían lecciones de baile a otras chicas. Vi como esta chica maduraba delante de mí y eso fue un punto de inflexión en mi carrera. No había valorado lo suficiente la profundidad de la experiencia de un niño en la escuela y cómo puede destruir o construir su futuro. Nica empezó a tener iniciativa y descubrió cómo debería ser tratada.»

Nadia cree, y yo estoy de acuerdo, que si Nica no hubiera cambiado de clase y no hubiera experimentado la diferencia entre una profesora que se preocupa y otro que no lo hace, habría abandonado los estudios. Habría sido muy duro para ella seguir protegiéndose a sí misma y concentrarse en el aprendizaje de sus necesidades educativas específicas. ¿Y qué fue de Nica?

«Le fue increíblemente bien. La vi unos años después y quería matricularse en un centro universitario urbano y conseguir una licenciatura. Esa conversación me emocionó. Esos momentos...»

Se me pone la carne de gallina al escuchar esto, y entiendo por qué este momento fue especialmente revelador en el viaje pedagó-

gico de Nadia. Le demostró no solo hasta qué punto era importante observar de cerca a sus estudiantes, sino también que una buena relación entre el profesor y el alumno no es algo que deba darse por sentado.

«Me fascina el hecho de que pasamos mucho tiempo forjando relaciones con otros adultos y, sin embargo, cuando se trata de niños, pretendemos acelerar el proceso y esperamos que se abran a nosotros cuando no nos conocen. Esto no sucede entre adultos; ¿por qué habríamos de esperar otra cosa con los niños? No podemos esperar que se abran a nosotros sin ganarnos su confianza en primer lugar.»

Nadia ha desarrollado estrategias para conectar incluso con los estudiantes más inaccesibles. Ha aprendido mucho de ellos, sobre cómo y cuándo hablarles. Si un alumno no quería hablar, Nadia lo llevaba a su despacho y encendía la televisión o le daba un libro. También un folio en blanco.

«Mi despacho estaba decorado con dibujos de los estudiantes, fotografías de mi familia y refranes y frases colgadas en las paredes. Era un reflejo de mi personalidad, y al invitarlos a entrar en mi espacio les estaba mostrando mi confianza en ellos. Les decía que me iba a poner a trabajar mientras ellos estaban allí. Y que el folio en blanco estaba ahí para cuando quisieran escribir qué es lo que andaba mal. O para hacerme saber que estaban dispuestos a hablar. Nunca los obligaba a mantener una conversación conmigo.»

Hubo un estudiante, Carter, que define el poder de este planteamiento. Provenía de un entorno difícil, con un padre amenazador que había estado en prisión. Carter manifestaba una actitud ruda y se pavoneaba por la escuela junto a su pandilla. Una tarde Nadia lo encontró en el hueco de la escalera, golpeando la pared y sollozando.

«Le llevé a un aula vacía y le pregunté qué le pasaba, pero no quiso hablar; entonces le entregué un folio en blanco. Le dije que me preocupaba que se hiciera daño a sí mismo o a otra persona y que por eso no podía permitirle abandonar el edificio, pero que si

escribía su problema tal vez pudiera ayudarlo. Escribió cuatro palabras. “Me gustan los chicos.” Luego me pidió que no se lo contara nunca a su padre. “Me mataría”, dijo.»

La primera respuesta de Nadia consistió en decirle a Carter que lo quería tal y como era y que le agradecía que hubiera compartido eso con ella. Después le explicó que no quería que se sintiera como si su vida se hubiera acabado.

«Le pregunté si le gustaba alguien de la escuela y respondió afirmativamente, pero que no podía hacer nada al respecto. Tan solo sabía que era más feliz rodeado de chicos. Le dije que lo entendía y que quería que supiera que conmigo tendría un espacio seguro en el que poder hablar de cualquier cosa. Quizá, con el tiempo, eso le ayudaría a hablar con su padre.»

Antes de la graduación, Carter le preguntó a Nadia si podía ser él el encargado de pronunciar el discurso. Sentía que tenía algo que decir, no solo a su propio padre, sino a todos los padres en general: que debían ver a sus hijos como individuos. Nadia no cabía en sí de gozo.

«En aquel discurso no confesó su identidad sexual, pero si estabas al tanto, sabías perfectamente a qué se estaba refiriendo. Carter había formado un pequeño grupo de amigos que o bien se estaban planteando su identidad, o bien esta no se amoldaba a la identidad preestablecida, y habló en nombre de todos ellos. Fue increíblemente poderoso. Después, lloró y me abrazó, y su padre vino y dijo que había sido un gran discurso. Como profesor, tus acciones pueden salvar o cambiar una vida.»

Creo que a los niños les puede resultar más fácil hablar con un profesor que con sus propios padres: tal vez porque les preocupa su reacción, las expectativas familiares o el temor a que se enfaden. En algunos casos les da miedo atraer la vergüenza a la familia, lo que podría tener como consecuencia el rechazo de la comunidad o

que los manden al país natal de sus progenitores. Sé que a los padres les resulta duro escucharlo, pero ¿hasta qué punto estamos dispuestos a abrirnos a nuestros hijos sin hacerles sentir que todo lo que hacen está mal? Tenemos que aprender a animar a nuestros hijos a hablar sin hablar nosotros. Nuestro instinto nos induce a obtener respuestas rápidas e intervenir para resolver los problemas, pero debemos ser pacientes y crear el entorno propicio para la confianza y la sinceridad. Por ejemplo, los niños que exploran su identidad necesitan un espacio para indagar en sus sentimientos, en lugar de ser desacreditados, disuadidos o criticados. Esta era una cuestión con la que Nadia lidiaba habitualmente.

«Los padres tienen que dejar de hacer que todo vaya sobre ellos y de preguntarse si han hecho algo “mal”. Esto solo tiene que ver con que sus hijos son únicos, preciosos, brillantes, excepcionales. Los padres no pueden elegir lo que deseará su hijo, pero están en disposición de forjar una relación en la que el niño se sienta querido y sepa que puede contar con el apoyo incondicional de sus padres. Esto es lo único que debería importar.»

Nadia ha sido testigo de primera mano de cómo hay situaciones que pueden empeorar y cómo estudiantes infelices se convierten en una seria amenaza para sí mismos, llegando a autolesionarse o a consumir drogas. En la escuela, ha trabajado para crear un ambiente inclusivo a la vez que respeta las regulaciones y tradiciones del centro. No siempre es fácil, y ha habido problemas en cuestiones como los baños (designó un baño para adultos para que lo usaran las personas no binarias), el color de las togas de graduación (púrpura para las chicas, negro para los chicos) y los pronombres (se acordó que a todos se les trataría de «estudiantes»).

«No sé lo que es llegar a ser una persona no conforme con su género y lo que eso implica a nivel social y emocional. Encontré una organización que se ocupaba específicamente de esto y vino a la escuela para llevar a cabo una formación profesional conmigo y mi equipo, además de dirigir pequeños grupos para estudiantes pertinentes.

He llevado las fronteras de nuestro sistema educativo más lejos en este campo. Quiero decir: hablamos todo el rato de diversidad e inclusión, pero ¿cómo se reflejan realmente en los centros escolares?».

Cada profesor tiene una definición personal de esta cuestión, pero para Nadia tiene que ver con que el niño experimente una sensación de pertenencia. Cree que deben verse reflejados en su entorno y sentirse con voz para expresarse cuando eso no sucede, sin ser penalizados. Por lo general, la escuela es su primera experiencia en el mundo exterior sin su familia, y se debería reforzar su capacidad para madurar y prosperar, no reprimirla.

«Creo firmemente en ofrecer a los niños experiencias que los preparen para el mundo. Sin los límites que les impidan explorar lo que significa ser autónomos. ¿Sabes? Creo que en muchos aspectos todos somos un reflejo de nuestros padres y de su influencia, tanto positiva como negativa. Tenemos que ser conscientes de ello y no repetir los errores con nuestros propios hijos; por ese motivo hay que mantener la comunicación abierta.»

Estar presente como progenitor es crucial, y hemos de seguir recordándonoslo a nosotros mismos, porque es fácil descuidarlo. Nadia lo aprendió con su propia hija, que se mostró resentida con su trabajo cuando era más joven. Ahora que la hija es mayor, han sido capaces de entablar un diálogo más sincero sobre cómo se sentía.

«Pasaba mucho tiempo con otros niños, y mi hija lo llevaba mal. Sentía que yo quería más a mis estudiantes porque estaba más tiempo con ellos, les compraba cosas y hablaba mucho de ellos. Al echar la vista atrás, mi hija es consciente de que en su infancia contó con mucho más que mis estudiantes. Pero yo reconocí lo que estaba diciendo; yo no estaba ahí tanto como ella necesitaba. Ella estaba presente en mi espacio con otros niños, pero yo no estaba con ella en los espacios que ella quería ocupar. Por eso ahora me aseguro de participar en su espacio. Eso es lo que tuve que aprender.»